

El viaje de neptuno. Athanasius Kircher en el *Theatro De Virtudes Políticas...* de Carlos de Sigüenza y Góngora

José Manuel Trujillo Diosdado
Universidad Autónoma de Zacatecas



La llegada de los primeros europeos a América supuso, además del movimiento de conquista por las armas y la religión, un encuentro de mundos. Este encuentro involucró, por un lado, la desaparición de rasgos propios del pueblo conquistado, pero también, la permanencia y trascendencia de otros que fueron de especial importancia para la concepción de un ideal de unión y apropiación de lo mexicano a la luz del de una imagen europea. Es el proyecto criollo del siglo XVII uno de los crisoles donde los dos pasados, clásico y prehispánico, convergieron para ofrecer una nueva forma de ver el mundo y una manera también de afirmar el valor de lo mexicano.

El *Theatro de virtudes políticas...* de Carlos de Sigüenza y Góngora ofrece un ejemplo de esta labor criolla por unir y recrear las historias preexistentes, sus «jeroglíficos» con imágenes de antiguos reyes aztecas enmarcados en un rito europeo, son un ejemplo de esta reorganización de los modelos y el nacimiento de un nuevo significado acorde con la realidad de la sociedad novohispana. En la obra de Sigüenza, además del arco triunfal, está presente, en su Preludio III, la unión y recreación de la historia y de mitos al parecer disímiles; el criollo propone a Neptuno como padre de los indígenas mexicanos, da el valor de la antigüedad europea al pasado indígena y busca demostrar su propuesta luego de un sinuoso camino de prosa barroca, citas y autoridades tanto antiguas como de su tiempo, tal es el caso del jesuita alemán Athanasius Kircher que, gracias a los capítulos que dedica en su obra monumental *Edipo Egipcio* tanto a la religión de los mexicanos como similar a la egipcia y otro sobre la escritura mexicana dentro, provee elementos históricos fidedignos para que Sigüenza pueda completar su empresa.

Quienes han leído *Theatro de virtudes...* conocen el uso de las imágenes de los antiguos reyes mexicanos con las que el criollo sustituye a los jeroglíficos o emblemas de tradición europea, como las de Acamapichtli, Chimalpopoca, Itzcoatl e incluso Huitzilopochtli, sin embargo he querido apuntar hacia un asunto que no está presente en el texto ecrástico, me refiero a los textos que preceden a la descripción del arco, en especial al tercer preludio que tiene por nombre «Neptuno no es fingido dios de la gentilidad, sino hijo de Misraim, Nieto de Cam, Bisnieto de Noé y progenitor de los indios occidentales», en donde hacia el final aparece Kircher como autoridad en materia de historia antigua y en este caso también de la historia mexicana, a quien Sigüenza recurre, como él lo dice, al faltar en esta tierra quien se ocupe de tal materia, para tener noticia de parte de extranjeras plumas.

El jesuita alemán Athanasius Kircher incursionó en casi todas las áreas del saber en su tiempo, aproximadamente desde 1630 se había interesado por los jeroglíficos egipcios y su desciframiento, de este

interés surgieron obras como *Edipo Egipcio* (1652–1654), en la que pretende rastrear y explicar la herencia de Egipto en los rincones más remotos del mundo al comparar sus religiones y sus formas de escritura. Para Kircher la jeroglífica egipcia encerraba misterios sagrados visibles sólo a algunos iniciados en los saberes de Hermes Trismegisto, el creador de los símbolos jeroglíficos, por lo que éstos no podían estar visibles para cualquiera, o sea que, para su lectura, era necesarios saberes que permitieran desentrañar el sentido más primigenio y oculto de las imágenes esculpidas en monumentos como los obeliscos.

En esta época y desde esta perspectiva entre las naciones más cercanas a la cultura egipcia estaban la china, gracias a sus estilizados caracteres, y los mexicanos, por tener una forma de escritura muy parecida a los jeroglíficos egipcios. Los mexicanos, según Kircher, tuvieron en común con los egipcios el construir pirámides y adorar múltiples dioses. Sin embargo la visión de Kircher acerca de su escritura difería con la mayoría de las opiniones de otros personajes como Lorenzo Pignoria quien en su anexo a *De imaginibus degli Dei Antiqui* de Vincenzo Cartari compara varias figuras tomadas del *Códice Ríos* con antigüedades y figuras clásicas. Con base en las similitudes que encontró entre las imágenes del código y dioses clásicos como Júpiter, Pignoria consideró que los antiguos mexicanos conocían conceptos como el de la trinidad y las divisiones del cosmos hecha por los egipcios, además de que las deidades mexicanas eran capaces de provocar diluvios como el descrito en la Biblia. Esta idea del Diluvio era de especial importancia en la construcción de la historia bíblica y su conexión con el pasado egipcio y la mitología grecorromana, pues debido a este cataclismo el pueblo egipcio se dispersó por la tierra y dio origen a las civilizaciones del orbe.

La visión que Kircher tiene de la historia de la humanidad es una visión de la caída y de la restitución del estado de gracia perdido, «Kircher vio al antiguo Egipto como el conducto clave tanto de la «sabiduría prístina y prelapsaria» de Adán y de la subsecuente corrupción satánica causada por los descendientes de Caín» (Ellsworth Hamann, 2008: 30–31). Athanasius Kircher comparte la creencia de que a partir de la diáspora egipcia nacen las culturas del viejo continente y las de América y con el rastreo de la influencia egipcia buscaba rescatar la sabiduría sagrada y encontrar el hilo que uniera a los pueblos del orbe. La búsqueda de rastros egipcios en los pueblos que poseían sistemas de registro similares podría dar pistas para esclarecer esta postura pues, para él, en la historia de los pueblos y de sus escrituras se verificaba cómo el demonio había ocasionado que los herederos de los egipcios se alejaran de la verdadera fe: «A diferencia de los egipcios, quienes habían almacenado profundo entendimiento teológico y filosófico en sus jeroglíficos, los descendientes de los egipcios como los chinos, los hindúes y los mexicanos habían perdido su capacidad de escribir simbólicamente» (Cañizares Esguerra, 2001:178).

En el Tomo i del *Oedipus...* Kircher describe los paralelismos existentes entre las religiones del mundo con la religión egipcia; en su caso la americana se relaciona con la de Egipto por la construcción de pirámides así como por el uso de ídolos con jeroglíficos; además, igual que Pignoria, Kircher ve similitudes en cuanto a ritos y deidades del panteón azteca con la mitología griega y romana. Para Kircher, la causa de la idolatría que practicaban los habitantes de América era la intervención demoniaca, debido a ello los indígenas se habían entregado a la lujuria, a la antropofagia y a la práctica del sacrificio humano. Sobresale en esta parte la descripción que hace de un ídolo en un libro mexicano de la Biblioteca Vaticana, el *Códice Vaticano B*. La imagen corresponde a Tezcatlipoca como señor del tiempo aderezado con pictogramas calendáricos:

[...] se celebra en la Provincia de México a otro ídolo o demonio muy poderoso adornado con varias cabezas de animales al igual que con algunas figuras jeroglíficas. No aplacaban a este ídolo sino con sangre humana. Lo llamaban en su lengua Señor del Año, por los números místicos y aquellos símbolos jeroglíficos que mostraban. [...] [Tiene] La cabeza a manera de

modio, con ojos brillantes, orejas de burro, nariz y boca dentadas; representado de manera horrible. Tiene vasos en ambas manos destinados para el sacrificio; por todas partes, en el resto del cuerpo del ídolo, se ven grabadas varias cabezas de diversos animales en los que acostumbraban registrar los meses y el zodiaco; tiene pies de elefante. Lo restante, por prohibitivo pudor, no consideré digno de mención (Kircher, 1652:423).

Los jeroglíficos que describe en la imagen del ídolo mexicano no son aquellos en los que Kircher advierte una lectura mística, sino que corresponden al registro de los meses, concernientes al segundo de los tres tipos de jeroglíficos descritos por Clemente de Alejandría, modelo que el jesuita sigue a lo largo de su recorrido jeroglífico. La primera categoría de jeroglíficos según Clemente de Alejandría corresponde al uso común entre el pueblo, la segunda de uso sacerdotal y por medio de ella se hacía el registro de las cosas relacionadas con el culto, pero no de los misterios sagrados, estos corresponden al tercer y más perfecto grado de los jeroglíficos. Este capítulo en el Tomo I de *Oedipus Aegyptiacus* que habla sobre la religión americana se complementa con el que presenta en el tomo III del mismo *Oedipus Aegyptiacus* bajo el título «Sobre la escritura de los mexicanos y si en particular puede llamarse jeroglífica», el cual gira en torno a la falta de una escritura jeroglífica entre los mexicanos de acuerdo con los principios y autoridades que Kircher sigue.

A través de imágenes del *Códice Mendocino* obtenidas de la versión inglesa de Purchas, Kircher busca demostrar cómo esta forma de escritura, a pesar de ser parecida a la jeroglífica egipcia está lejos de encerrar misterio alguno, aun cuando otras opiniones la ven como tal:

Puesto que las figuras mencionadas están hechas representando varias cosas animadas, hierbas, instrumentos y cosas semejantes; sin duda muchos se convencieron de que ésta es escritura jeroglífica. Sin embargo esta opinión es falsa y con base en aquellas [figuras], que en la brevedad citaremos, se evidenciará más que suficiente. Si en verdad es cierto, nada está oculto para la inteligencia debajo de esos misterios, sino que las mismas figuras presentadas describen casi las mismas acciones o la serie de hazañas, no de manera distinta a como lo hace alguna pintura de algún acontecimiento (Kircher, 1652: 28).

Con la descripción del sistema de numeración y el calendario indígena, una síntesis de la historia de los reyes y la forma en la que los mexicanos educaban a sus hijos, todo ello sumado su experiencia con la escritura del antiguo Egipto, Kircher mantiene a lo largo de este capítulo que la escritura de los mexicanos no es en manera alguna una escritura sagrada: «A partir de lo cual, es patente que esta escritura o literatura de los antiguos mexicanos no es otra cosa que cierta muestra tosca de los hechos históricos por sus propias imágenes, no apoyada en misterio alguno, sutilidad de ingenio o erudición» (Kircher, 1654: 33).

Elvia Carreño Velázquez dice que, para Kircher «[...] si se cree que los caracteres mexicanos son jeroglíficos, debe aceptarse la presencia de Dios en la Nueva España antes de la llegada de los españoles, y por lo tanto los códices no serían algo monstruoso o producto de la herejía [...]» (Carreño Velázquez, 2004: 524–525). Dice también que probablemente Kircher no menciona la existencia de escribas dedicados al registro e interpretación de las cosas sagradas entre los mexicanos porque este asunto correspondía únicamente a los sacerdotes y sabios. En parte, es por eso que Kircher niega que los mexicanos practicaran la jeroglífica en su modalidad de escritura sacra y envolvente de misterios.

En América, al hablar especialmente de la Nueva España, la obra kircheriana tuvo una difusión que logró influenciar a personajes en el ámbito académico y literario por cuyas obras desfila explícita o implícitamente el nombre del jesuita. El sacerdote francés Francisco Ximénez de la Compañía de Jesús tuvo su primer encuentro

con Kircher su estancia en Lyon entre 1632 y 1634, ahí Ximénez quedó maravillado ante los experimentos que usaban el reflejo de luz solar y lunar, además de las proyecciones de Urano (Osorio Romero, 1993: XVI). Al encontrarse con un ejemplar del *Magnes sive De arte magnetica* en Puebla en el año de 1655, envió a Roma dos cartas, la de ese año que no tuvo respuesta y la siguiente de 1656 que fue correspondida por Kircher.

En sus cartas, Ximénez manifiesta la admiración que siente por Kircher y sus obras; gracias a esto inicia una amplia correspondencia por la cual el padre Ximenez obtendría varios libros a cambio de mercancías como chocolate, oro e imágenes de plumas que de buen grado enviaba. De lo anterior, a decir de Ignacio Osorio Romero, surge el caso de Alexandro Favián, y probablemente el de otros intelectuales entre los que se encontraban Carlos de Sigüenza y Góngora y Sor Juana Inés de la Cruz, quienes gracias a Ximénez conocieron la obra de Athanasius Kircher (Osorio Romero, 1993: XXX–XXXI).

Gracias a la amistad que Kircher entabló con los novohispanos, especialmente con Ximenes y Favián de la que hay registro en las cartas publicadas por Osorio Romero, y de su influencia en Sor Juana a la que refiere Octavio Paz, se tiene un punto de partida para hablar de una fuerte influencia kircheriana en la Nuev España, por esta vía ha sido posible reconstruir la circulación de sus libros y el influjo de las corrientes de pensamiento que entraban también al Nuevo Mundo, hermetismo y neoplatonismo, por ejemplo, mismas que lograron afianzarse gracias a la llegada de obras y tratados de mitología e historia bíblica. Los nombres de Kircher y Vincenzo Caratri serán fundamentales para comprender el alcance que tuvieron estas ideas dentro de una sociedad que fusionó el mundo clásico europeo con el exótico prehispánico.

Según Ignacio Osorio Romero, Carlos de Sigüenza y Góngora comparte con Kircher ese carácter ecléctico por que logró vislumbrar a través de su *Teatro de virtudes políticas*; la inquietud identitaria y el sincretismo propio de su época, afán criollo de un pasado que conjuntara en el presente de la Nueva España los caminos de los cuales proviene la realidad mexicana del siglo XVII: Europa y América, la tradición clásica y el pasado prehispánico. Sigüenza ya había tenido contacto con las obras de Kircher durante sus estudios en el Colegio del Espíritu Santo en Puebla, gracias a que Francisco Ximenes y Alexandro Favián nutrieron con sus obras la biblioteca del Colegio, además de los estudios de matemáticas que tuvo que realizar para ocupar la cátedra que heredaría de otros aficionados a las obras del jesuita alemán: fray Diego Rodríguez y Luis Becerra Tanco, quien en 1666 se había servido de *Ars magna lucis et umbrae*, *Oedipus Aegyptiacus* y *Musurgia universalis*, para probar la veracidad de la aparición de la Virgen de Guadalupe en el manto del indio Juan Diego, postura que Sigüenza y Góngora apoya en su *Primavera Indiana* (1680) (Findlen, 2004: 344).

El *Theatro de virtudes políticas* de Sigüenza y Góngora está dedicado al arco triunfal erigido para el mismo acontecimiento por el que Sor Juana escribe su *Neptuno Alegórico*, la llegada del virrey Tomás Antonio de la Cerda, Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, obra relacionada con la de Sigüenza por el motivo que comparten y la tradición emblemática de la que se sirve cada uno a su manera. Sigüenza deja claro en el Preludio III del *Theatro de virtudes...* que no habrá de usar las imágenes clásicas que generalmente adornan los arcos triunfales por tratarse, en este caso, de un arco dedicado a un sucesor de la grandeza de los antiguos reyes de México y por eso usa las imágenes de reyes aztecas, para no «mendigar» en las fábulas extranjeras lo que en su propio suelo se tiene y dedica el Preludio III a decir cómo es que los mexicanos provienen de Neptuno.

Su conexión con el *Neptuno alegórico* va más allá del tema, en dicho prelude Sigüenza pretende no sólo ofrecer una revalorización del pasado indígena, busca unirlo con la tradición clásica cuando propone que los mexicanos son descendientes de Neptuno, para lo cual justifica la comparación que Sor Juana hace del nuevo

virrey con el dios de las aguas, y formula un complejo sistema de argumentos a cuyo final logra llegar después de un laberíntico recorrido de citas y referencias librescas.

Sigüenza inicia con la genealogía de Neptuno, a su parecer ésta es descrita en el Génesis: «En verdad (Gen. cap. 10, ver. 31) Misraim engendró a Ludim y a Ananim y a Labim y a Neftuim» (Sigüenza y Góngora, 2002: 248). De tal forma que la semejanza fonética del nombre y una cualidad característica del dios, como lo es generar terremotos, comprobarían que de Neftuim deriva el nombre de Neptuno. Además, llega a la conclusión de que Neptuno es el mismo que Harpócrates, Conso o Sigalim, considerados en diferentes civilizaciones antiguas como hijos de Misraim, quien a su vez resulta ser también Isis, esto porque, según había sabido Sigüenza, Misraim, en los viajes para predicar su doctrina, se hacía acompañar del patriarca Heber, ambos muy sabios, derivando de aquí el nombre hebreo Isc, que se pronunciaría «is-is», («varón-varón»), atribuye el cambio de nombre a la confusión causada entre las diferentes culturas, por lo que no cabría duda de que Misraim es Isis, el primero en el plano material y el segundo representante de su doctrina.

La línea genealógica que Sigüenza pretende sustituir al argumentar únicamente que no es de su agrado es la que dice que los indios mexicanos provienen de los navegantes de Cártago, lugar que según Sigüenza para San Agustín, San Isidoro, Pusanias y Herodoto, es lo mismo que África o Libia, fundada por Neptuno y en donde se le rindió culto. Al no ser de su agrado esta genealogía formula una nueva línea de descendencia según de la frase «De Nephtemi —que es Neptuno— nada sabemos sino el nombre» (Sigüenza y Góngora, 2002: 251).

Continúa Sigüenza que si lo único que se conocía es el nombre se puede inferir el lugar al cual llega a partir de los autores que han tenido noticia de Neptuno y de sus «viajes»; inicia con Séneca «Prófugo, recorre los lejanos desconocidos pueblos; aun cuando la tierra puesta en los confines del mundo, mar de por medio, te separe y habites el orbe puesto a nuestros pies» (Sigüenza y Góngora, 2002: 251), aun así persiste la incógnita sobre los nombres, tanto de los viajeros como del lugar al que llegaron, misma que se justifica con lo confuso e impronunciable de esa antigua lengua, por lo que llegan a ser intransmisible, es decir, que están ya perdidos. Para Sigüenza, tal lugar no es otro que América, idea inferida a partir del capítulo 18 de Isaías: «Id, mensajero veloces, a la nación de la elevada talla y brillante piel, a la nación temida de lejos, nación que manda y aplasta y cuya tierra es surcada por ríos» (Sigüenza y Góngora, 2002: 252), y respalda luego esto con Josefo, según el cual esos ancestros remontaron sus naves a islas lejanas, luego Sigüenza dice que en efecto América no es un continente como los demás, sino una isla. De tal forma llega a la conclusión de que éstas «islas» pobladas por personas «desconocidas» y a las que Neptuno llegaría para tomar posesión junto con el mar que las rodea son las Indias Occidentales, proposición respaldada por Cartari en *De imagini degli Dei Antiqui*.

Las palabras de Isaías están dirigidas al pueblo de Etiopía, ubicado en la región de Egipto; además de que refuerza la filiación de Neptuno con Isis. Lo escrito sobre los indígenas y su sufrimiento a raíz del despojo del que fueron objeto da pie al argumento final de la conjetura sobre su origen en Neptuno: «Bien mostraron ser hijos de Neptuno, pues fuera de estos nombres que aquí les dan no se sabía más de ellos: «De Neptuno nada sabemos sino el nombre»; mudáronse el nombre y quedaron desconocidos, pero siempre denotaron sus acciones que era su origen en Neptuno» (Sigüenza y Góngora, 2002: 252).

Las acciones de las que habla Sigüenza son: la construcción de su principal ciudad, Tenochtitlán, sobre una laguna y el hecho «curioso» de que fueran los indios un pueblo que esperaba el regreso de un monarca anunciado por una profecía; lo concerniente a la ciudad por su familiaridad con las aguas, característica de Neptuno, y el estatus de «*gentem expectantem*», como lo dice Sigüenza, por hallarse lejos de su legítimo rey, quien regresaría para ocupar el lugar que le corresponde. En el contexto de esta obra el nuevo «rey» era el virrey al que se dedicaba este arco.

A decir de Sigüenza, extrajo su idea de la vertiente egipcia en América a partir de los capítulos que Kircher dedica al tema de mexicano y en los que habla sobre las similitudes entre la religión egipcia y la mexicana y que se encuentra en el primer tomo de *Oedipus Aegyptiacus*, además del otro en que trata de la escritura de los indígenas, ubicado en el tercer tomo del *Oedipus...* Sigüenza refiere así a Kircher:

Cuanto hasta aquí he referido parece que sólo tiene por apoyo las conjeturas y, a no divertirme con ello de lo principal de mi asunto, puede ser que lo demostrara con evidencias, fundado en la compathia que tengo advertida entre los mexicanos y egipcios, de que dan luces las historias antiquísimas originales de aquellos, que poseo, y que se corroboran con lo común de los trajes y sacrificios, forma el año y disposición de su calendario, modos de expresar sus conceptos por jeroglíficos y por símbolos, fábrica de sus templos, gobierno político y otras cosas, de que quiso apuntar algo el P. Athanasio Kircher, en el *OEdipo Egypciaco* (Tom. I, Syntag. 5, cap. 5) que concluye: «Baste, entre tanto, haber demostrado en este lugar la afinidad de la idolatría americana y egipciaca, en lo que únicamente coincidimos» (Sigüenza y Góngora, 2002: 255).

Así quedaría por verificada su hipótesis, si los indígenas tenían con los egipcios tal afinidad y los egipcios son descendientes de Neptuno, es comprensible que sus sistemas de creencias sean similares y, más todavía, que esperen el regreso de su rey, puesto que descienden del mismo linaje, el cual, según Sigüenza, comienza con Misraim, de quien es hijo Neptuno, rey de la Atlántida, desde donde migraron sus sobrevivientes hacia Egipto y otros a América. Desde esta perspectiva, la civilización atlante en este continente serían los Toltecas, de quienes provendrían los antiguos mexicanos, pueblo del cual se afirma que se mantuvo fiel a su antiguo rey por lo que construyó su ciudad principal sobre una laguna (Sigüenza y Góngora, 2002: 254).

Sin embargo, aunque Sigüenza ve en Kircher un apoyo para sus conjeturas, hace una observación a cerca de lo que el jesuita alemán había escrito acerca de la escritura mexicana:

Y aunque así en este capítulo como en el 4 del *Thetro [sic] Hieroglyphico* del tom. 3 de dicha obra, en que quiere explicar parte de los Anales antiguos mexicanos que se conservan en el Vaticano, tiene muchísimas impropiedades, no hay por qué culparle, pues es cierto que en aquellas partes, tan poco cursadas de nuestra Nación Criolla, le faltaría quien le diese alguna noticia o le ministrase luces eruditas para disolver las que él juzgaría tinieblas (Sigüenza y Góngora, 2002: 255).

Si bien el criollo encuentra fundamento en lo que Kircher dice sobre la religión americana para escribir su Preludio III al *Theatro de virtudes...*, nota como impropiedades el que el que los ritos americanos sean vistos por Kircher como una expresión demoniaca y que la escritura de los códices no se considere jeroglífica. Así pues, lo escrito por Kircher sobre las prácticas mexicanas no le es de mucha ayuda a Sigüenza ya que presenta tanto la religión y pictografía como el producto de un pueblo alejado de la verdadera sabiduría y escritura jeroglífica de Egipto.

La unión del mundo clásico e indígena en *Theatro de virtudes políticas* se explica de alguna manera por medio de la relación que tiene Sigüenza con la Compañía de Jesús y la obra de Kircher. Según Paz: «El universalismo jesuita se fundaba en un universalismo peculiar que trataba de hacer compatibles las antiguas religiones mesoamericanas [...]» (Paz, 2010: 209). Esta característica se manifestó en las misiones en China y América, además de la concepción que Sigüenza tiene del panteón azteca en el que halla en una herramienta de la cual podía hacer uso al trasladar dichos dioses a la temporalidad para ver las virtudes atribuidas a Eneas, Moisés o

Noé y en donde Kircher participa a través de libros como *Oedipus Aegyptiacus*, *Arca Noe* y *Turrus Babel* donde la historia bíblica es también la historia de la humanidad. En el caso de Sigüenza Neptuno aparece como antepasado de los mexicanos, además del dios Huitzilopochtli a quien ve también como un héroe prehispánico. Por otro lado la inquietud del criollo por relacionar y recrear la historia mexicana con base en los modelos europeos, la mitología, las autoridades de la antigüedad y los avances más significativos en las ciencias de la época.

Es destacable la utilización de *Oedipus Aegyptiacus* de Kircher en la Nueva España, Kircher escribía sus obras como una herramienta para las investigaciones científicas de la época, aunque muchas de sus propuestas parezcan más bien fantásticas, al ver el asunto desde su justa dimensión puede comprenderse el porqué de sus supuestos se tomaron como verdaderos; a Kircher lo precedía su fama, dominó el campo de la historia antigua y los estudios egipcios por casi dos siglos. Así lo comprueba su presencia en obras no sólo científicas (Sigüenza lo toma como autoridad en *Libra astronómica y filosófica*) sino históricas y literarias (*Primero Sueño* y *Neptuno Alegórico*) de las plumas más prolíficas del siglo XVII.

Bibliografía

Cañizares Esguerra, Jorge (2001), *Cómo escribir la historia de Nuevo Mundo*, Susana Moreno Parada (trad.), México, fce.

Carreño Velásquez, Elvia (2004), «Kircher y su interpretación del Códice Mendocino», en José Pascual Buxó (ed.), *La producción simbólica en la América colonial*, México, unam, pp. 517–527.

Ellsworth Hamann, Byron (2008), «How Maya Hieroglyphs got their name: Egypt, Mexico and China in Western Grammatology since the Fifteenth Century», en *Proceedings of the American Philosophical Society*, Philadelphia, American Philosophical Society, Vol. 1, No. 1, pp.1–68.

Findlen, Paula (2004), «A Jesuit's Books in the New World...» en Paula Findlen (ed.), *Athanasius Kircher the last man who knew everything*, Nueva York – Londres, Routledge.

Kircher, Athanasius (1652), *Oedipus Aegyptiacus*, Tomo I, Roma, ex Typographia Vitalis Mascardi.

_____, (1654), *Oedipus Aegyptiacus*, Tomo iii, Roma, ex Typographia Vitalis Mascardi.

Osorio Romero, Ignacio (1993), *La luz imaginaria: epistolario de Atanasio Kircher con los novohispanos*, México, unam.

Paz, Octavio (2010), *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, México, fce.

Sigüenza y Góngora, Carlos de (2002) *Obras históricas*, México, Porrúa.

(1654), *Oedipus Aegyptiacus*, Tomo iii, Roma, ex Typographia Vitalis Mascardi.

1 Corresponde al Capítulo iv en el Tomo iii de *Oedipus Aegyptiacus*, en las páginas 28 a 36.

2 En la actualidad es el cap. 10, ver. 13.

3 «[...] las sílabas y composición de uno y otro vocablo nos denota, pero con mayor fundamento nos lo asevera el docto español Alderete en sus Antigüedades de África (lib. 2, cap. 6); *Nephtuim* interpreta S. Jerónimo: *apariantes*, compruébalo dicho autor con cinco lugares del Sagrado Texto, por deducirse del verbo pasivo *niphtach*, *aperuit se*, cuya raíz en el verbo activo *phatach*, abrir y no como quiera sino con violencia, ruido y estrago, y que esto le convenga a Neptuno se hace evidente, pues una de las propiedades que le atribuyen es estremecer con temblores la tierra abriéndole bocas (Julio Pollux., lib. I, Onomastic. Cap. I, 5, 23): «Así como Neptuno, perturbador de la tierra»; Macrobio (Saturnal.

Lib. 7, cap. 17): Neptuno, a quien llaman el que mueve la tierra»: Séneca (lib. 6, Natural quest. Cap. 23: «A Neptuno le está señalado el poder de mover»; Homero (Iliada, 20): «Pero Neptuno, desde lo profundo, estremeció la tierra inmensa»[...]» (Sigüenza y Góngora, 2002: 248)